



BREVE HISTORIA de...

BABILONIA

Juan Luis Montero Fenollós



Descubra la verdadera historia del último imperio del Éufrates y del Tigris: sus conquistas, su cultura y su decadencia, desde el carismático Hammurabi hasta los sucesores del gran rey Nabucodonosor II

Breve historia de Babilonia

Breve historia de Babilonia

Juan Luis Montero Fenollós



Colección: Breve Historia
www.brevehistoria.com

Título: Breve historia de Babilonia
Autor: © Juan Luis Montero Fenollós

Copyright de la presente edición: © 2012 Ediciones
Nowtilus, S.L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN-13: 978-84-9967-300-4
Fecha de edición: Marzo 2012

Para Bea y Lucía,
en recompensa por el tiempo robado.

Prólogo

Introducción

Francia y Gran Bretaña a la conquista de Asiria
Mesopotamia, «el país entre dos ríos»
Una civilización impresa sobre arcilla

1. Érase una vez Babilonia

La arqueología alemana y el sueño babilónico
Babilonia desde la Primera Guerra Mundial hasta
hoy

Textos para la historia de Babilonia
Cronología de una historia compleja

2. Hammurabi, el engrandecedor del nombre de Babilonia

Hammurabi, rey amorreo
Hammurabi, juez y legislador
¿Código de leyes o testamento político?

3. Babilonia entre la dominación de kasitas y de asirios

La dinastía kasita y el club de las grandes potencias
internacionales

Algunas pinceladas sobre la cultura kasita

La segunda dinastía de Isin y la edad oscura
babilónica

Babilonia a la sombra de Asiria

4. Nabucodonosor II, el último gran rey de Babilonia

Nabopolasar, fundador de un nuevo imperio
Nabucodonosor II, retrato de un gran monarca
Los sucesores de Nabucodonosor II
Babilonia, capital cultural: una reflexión

5. La ciudad de Babilonia: centro del universo

Las murallas

El puente

Las puertas y calles

Los palacios

Los jardines colgantes

El centro religioso: el Esagil y el Etemenanki

6. La Torre de Babel entre la historia y el mito

La Torre de Babel: un zigurat mesopotámico

Etemenanki *versus* Torre de Babel

Nueva propuesta de reconstrucción del zigurat de
Babilonia

7. Marduk, el nuevo soberano de los dioses

La religión mesopotámica

Marduk y *El Poema de la Creación*

La fiesta del Año Nuevo en Babilonia

8. El final de Babilonia

Ciro y la conquista de Babilonia

Alejandro Magno y Babilonia: el encuentro de
Occidente y Oriente

Los últimos días de Babilonia

Anexos

Cronología

Glosario

Bibliografía

Prólogo

¡Babilonia! ¡No hay como oír el nombre de esta prestigiosa capital del país mesopotámico para sentir un gran soplo de historia! Primera megalópolis conocida, tan alabada como deshonrada en la Biblia, y objeto de fascinación para los griegos, y en particular para Alejandro Magno, que ambicionaba convertirla en la capital universal del imperio que estaba construyendo desde Grecia hasta el Indo sobre las ruinas de las ambiciones de asirios, babilonios y persas. Babilonia es el único -y último- gran testigo, en la memoria occidental, de una historia milenaria, de la que emergían algunos nombres que se relacionaban con los orígenes del mundo y los inicios de la humanidad. Su nombre ha estado rodeado de un misterio profundo en el que la leyenda y el mito han triunfado sobre la historia. El recuerdo de Babilonia nos ha llegado a través de la Biblia y de los autores clásicos, pero ¿no hay en su mensaje una cierta traición histórica?

A partir de la Edad Media y Moderna, el mundo occidental -en su búsqueda del conocimiento y en su descubrimiento progresivo del mundo y de las rutas para encontrar las especias y el oro, obra de atrevidos viajeros y exploradores-, halló en Oriente unos pocos restos de monumentos aún en pie y algunos documentos, de arcilla o de piedra, provistos de unos signos extraños que le hicieron

soñar. Las preguntas enraizaron finalmente en un vasto movimiento intelectual de búsqueda de los orígenes, en primer lugar de Occidente, a través de los restos materiales y los monumentos que aún subsistían en las ciudades europeas. Este movimiento se extendió posteriormente a otros mundos y a un pasado mucho más lejano. Y fue así como en el siglo xix, las colinas desoladas de Mesopotamia, que los árabes llaman *tell* y que encierran las ruinas de antiguas instalaciones humanas, comenzaron a ser el objeto de aquellas exploraciones destinadas a extraer de la tierra los testimonios de un pasado remoto.

Curiosamente, no fue Babilonia, a pesar de su fama, la que atrajo a los primeros arqueólogos, sino Asiria, donde una de sus capitales, Nínive, rivalizaba en notoriedad con Babilonia. Los descubrimientos fueron tan ricos en el llamado «triángulo asirio», junto al Tigris, que durante cerca de sesenta años concentraron toda la atención de las excavaciones. Por el contrario, las primeras tentativas de investigación en Babilonia no hacían vislumbrar una recolección de obras de arte tan bella. Fue necesario esperar a los deseos imperiales de Alemania para que una acción de envergadura se pusiera en marcha en Babilonia. Esta duraría dieciocho años ininterrumpidos, a partir de 1899, y mostraría al mundo los principales monumentos y la organización urbana de una gran capital de la Antigüedad oriental.

Juan Luis Montero Fenollós, investigador iniciado en la arqueología de Oriente Próximo a través del estudio de uno de los grandes descubrimientos de esta civilización -la metalurgia-, quedó atrapado rápidamente por el encanto de uno de los grandes enigmas de la capital babilónica, la legendaria Torre de Babel transmitida por la Biblia y convertida en símbolo de la desmesura y de la locura de los hombres. Sin embargo, como arqueólogo e historiador, ha sido la realidad histórica, y no el mito, lo que él ha buscado

detrás de los vestigios materiales y de los textos antiguos. Su inquietud intelectual le ha llevado a sobrepasar el simple estudio del célebre monumento babilónico para interesarse por el conjunto de la documentación de los zigurats, esas enormes torres escalonadas tan características de las ciudades mesopotámicas. Sus estudios han renovado completamente nuestro conocimiento sobre este tipo de construcciones. Y es ahora, con este libro, cuando nos ofrece una evocación de conjunto de la prestigiosa Babilonia, de su historia, de sus monumentos y del papel que esta desempeña aún en nuestro imaginario. Sin duda, gracias al profesor Juan Luis Montero Fenollós, Babilonia regresa al presente no para «perturbar toda la tierra», como afirmó el profeta Jeremías (51, 7), sino para mostrarnos toda su grandeza histórica.

Jean-Claude Margueron

Antiguo director de las excavaciones arqueológicas francesas en Mari, Emar, Ugarit (Siria) y Larsa (Irak)

Introducción

El amante de la historia conocerá, sin duda, nombres como los de Cleopatra, Pericles, Aníbal o Augusto. Son personajes históricos que nos conducen directamente a algunas de las civilizaciones más importantes del mundo antiguo: Egipto, Grecia, Cartago y Roma, respectivamente. La situación cambia drásticamente si los nombres propios evocados son, por ejemplo, los de Sumuabum o Nabonido. Se trata, sin embargo, de dos importantes monarcas de la historia de la antigua Mesopotamia. El primero fue nada menos que el rey fundador, hacia el 1894 a. C., de la primera dinastía babilónica, mientras que el segundo fue el último monarca de Babilonia, antes de la conquista de la ciudad por los persas en el año 539 antes de Cristo.

Es evidente que existe un preocupante desconocimiento entre el gran público de lo que fue y de lo que significó realmente el Imperio de Babilonia en el marco de la historia antigua universal. Esta discriminación de lo babilónico se hace palpable incluso en un arte tan universal como el del cine y su particular visión del mundo antiguo. *Sinuhé el egipcio, Tierra de faraones, Cleopatra, La momia*, etc. son algunos ejemplos de los numerosos largometrajes que, con mayor o menor acierto, han contribuido a la divulgación del Egipto faraónico. Por el contrario, la presencia de Babilonia en el séptimo arte es mínima en

comparación con la de otros imperios antiguos. Una excepción es la película *Intolerancia* del estadounidense David Griffith, quien en 1916 creó uno de los decorados históricos más elaborados y espectaculares del cine mudo, recreando con cierta fantasía parte de la ciudad de Babilonia. Esta exclusión de lo mesopotámico (Súmer, Acad, Asiria y Babilonia) se da incluso, y de forma incomprensible, en el ámbito académico, pues en la universidad española los estudios sobre las antiguas civilizaciones mesopotámicas son absolutamente minoritarios en comparación con otros países europeos de nuestro entorno (como Francia, Alemania o Reino Unido).



Fotograma de *Intolerancia* (1916), película inspirada en gran medida en la antigua Babilonia. Los personajes, sin embargo, aparecen ataviados al más puro estilo asirio. Hacía ya diecisiete años que los arqueólogos alemanes estaban excavando en Babilonia.

Con el objetivo de acabar con esta injustificable laguna, el lector podrá descubrir en las próximas páginas la verdadera importancia de la apasionante y compleja historia de Babilonia, a través de una visión renovada y alejada de mitificaciones.

FRANCIA Y GRAN BRETAÑA A LA CONQUISTA DE ASIRIA

Europa siempre ha guardado un recuerdo, a través de la tradición bíblica, de sus raíces orientales y de que la historia, con Adán al frente, había comenzado en el occidente de Asia. Sin embargo, habrá que esperar a que los primeros viajeros y eruditos europeos se desplacen hasta Oriente para conocer de primera mano los testimonios de los lejanos orígenes de nuestra propia civilización.

Desde el siglo XIX la pasión de los arqueólogos por el país delimitado entre los ríos Tigris y Éufrates no ha disminuido un ápice, a pesar de los tiempos convulsos que en los últimos años ha vivido la región que hoy se corresponde con el moderno Irak y parte de Siria. Hasta las primeras excavaciones, a partir de 1842, las principales fuentes de información sobre las antiguas civilizaciones mesopotámicas (Asiria y Babilonia) eran la Biblia y los relatos de los geógrafos e historiadores griegos y romanos.

La lectura de los textos grecorromanos, y en particular del Antiguo Testamento, inspiró a muchos viajeros europeos, que desde los inicios de la Edad Media se desplazaron a Oriente Próximo para visitar los lugares donde se habían gestado algunos de los episodios de la historia bíblica. Es el caso de la ciudad sumeria de Ur, que el libro del Génesis identifica como la patria originaria de Abraham hasta su peregrinación a la Tierra Prometida, o del zigurat de Babilonia al que el mismo libro bíblico bautiza con el nombre de Torre de Babel. Estos primeros aventureros europeos de las épocas medieval y moderna eran religiosos, militares, comerciantes, médicos o diplomáticos que por su trabajo se habían desplazado hasta Oriente. A pesar de las distintas motivaciones de sus viajes,

casi todos ellos mostraron gran interés en la búsqueda de evidencias tangibles sobre los orígenes remotos del cristianismo. Soñaban con ver con sus propios ojos los escenarios de Tierra Santa en los que habían vivido los protagonistas de las Sagradas Escrituras: Abraham, Isaac, Jacob, etcétera.

Entre los siglos XII y XIX nos encontramos con numerosos viajeros europeos, que muestran diversos grados de interés por el descubrimiento del antiguo Oriente. Tres lugares van a centrar su atención: Babilonia y la Torre de Babel; Nínive, la capital de los asirios; y, por último, Persépolis, la gran capital de la dinastía persa aqueménida. El primer viajero del que tenemos constancia escrita es Benjamín de Tudela, un rabino oriundo de Navarra que entre los años 1165 y 1170 realizó un largo periplo por Siria, Mesopotamia y Egipto. Resultado de esta experiencia personal es su *Libro de viajes*, en el que nos suministra algunos datos de interés para la arqueología. En los siglos siguientes, se sucederán numerosos europeos que, con mayor o menor acierto, nos transmitirán su particular visión de los monumentos en ruinas de las antiguas civilizaciones de Oriente, siempre marcada por un halo romántico y legendario.

Pero si se quería progresar en el conocimiento de las civilizaciones mesopotámicas era necesario pasar a una nueva etapa en la exploración, pues las descripciones de las ruinas visibles en superficie habían agotado sus posibilidades. Había que empezar a excavar en las viejas colinas de tierra que jalonaban las riberas de los ríos Tigris y Éufrates. Tan trascendental avance para la arqueología de Mesopotamia tuvo lugar en diciembre de 1842, pero no fructificó hasta tres meses más tarde. Fue en marzo de 1843 cuando el cónsul francés Paul-Émile Botta dio un paso de gigante para el descubrimiento de las civilizaciones mesopotámicas en una colina llamada Horsabad, cerca de Mosul, en el norte del actual Irak. Tras siglos de olvido, el

diplomático francés había sacado a la luz espectaculares obras de un arte hasta entonces nunca visto: grandes toros alados e inmensos relieves de piedra. Botta había resucitado una civilización, la de los asirios, conocida hasta ese momento únicamente por la Biblia y los autores clásicos. Consciente de la importancia de los hallazgos, el propio descubridor escribió lo siguiente: «Yo he tenido la primera revelación de un nuevo mundo de antigüedades».

Tan importante descubrimiento será apoyado por París mediante el envío de fondos, que servirán para intensificar los trabajos con la contratación de cientos de obreros locales para las tareas de desescombro. El ritmo fue frenético y el volumen de hallazgos espectacular. Sin embargo, Botta tuvo que negociar duramente con el gobernador turco de la región (era la época del Imperio otomano) para obtener el permiso necesario y poder excavar. Mehmed Pachá, que así se llamaba el gobernador en cuestión, llegó a amenazar y torturar a los hombres contratados para cavar en la colina de Horsabad, con la sorprendente justificación de que Botta quería despertar a demonios y monstruos de piedra procedentes del Infierno. Eran los tiempos de la arqueología épica. A pesar de las dificultades, el cónsul francés excavó durante más de un año de forma ininterrumpida entre las ruinas del palacio del rey asirio Sargón II (721-705 a. C.).

Dado el evidente interés histórico de sus hallazgos, Botta envió a su país algunas de las obras de arte asirio descubiertas en sus trabajos. A tal fin, organizó una compleja empresa para transportar por tierra estos tesoros, algunos de varias toneladas de peso, en grandes carros tirados por hombres. El objetivo era alcanzar las aguas del Tigris, descender en balsas hasta la ciudad de Basora y embarcar allí la carga hasta su destino final. En febrero de 1847, y tras una larga travesía, esta llegó a París por el Sena. En mayo de ese mismo año, el rey Luis Felipe

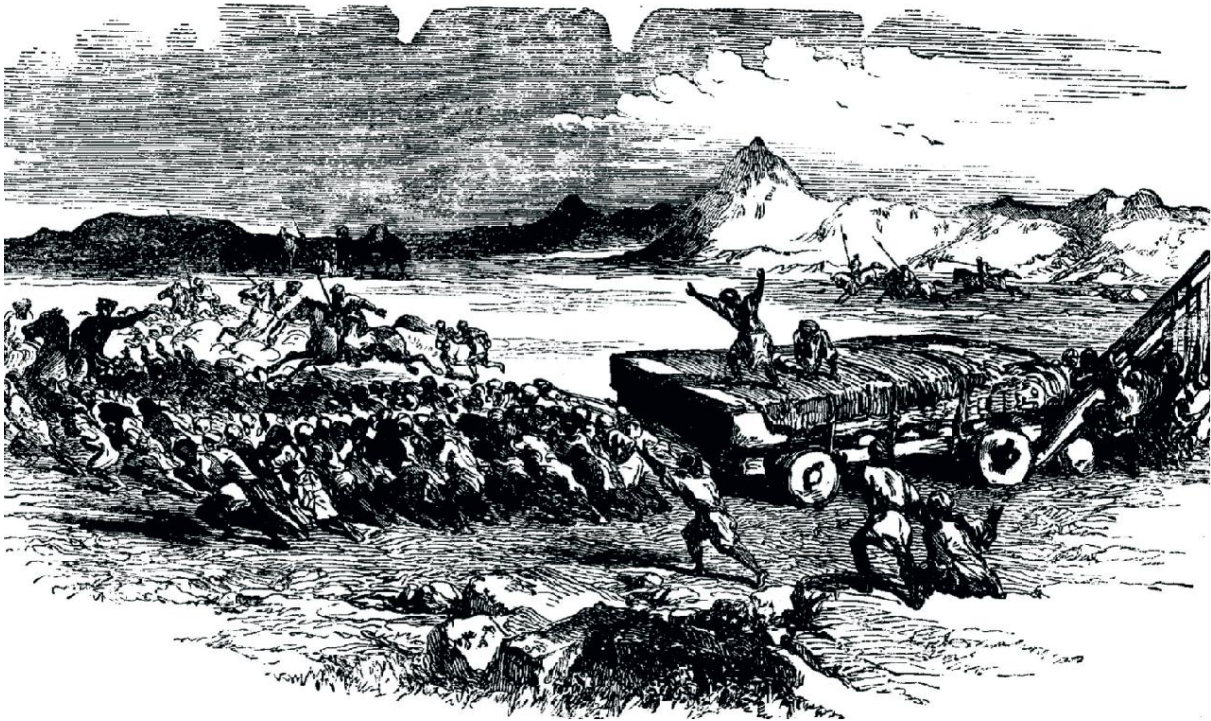
inauguraba en el Museo del Louvre las primeras salas dedicadas por una institución europea al Imperio asirio y, por tanto, a la historia de las civilizaciones mesopotámicas. Al contemplar estos tesoros antiguos, algunos llegaron a exclamar: «¡La Biblia tenía razón!».



Dibujo de un toro alado de Horsabad, la antigua ciudad asiria de Dur-Sharrukin, de Eugène Flandin, arquitecto francés que colaboró con Botta en sus excavaciones en el norte del actual Irak.

Los trabajos continuaron bajo el gobierno de Napoleón III, entre 1852 y 1854, dirigidos por Victor Place, el sucesor de Botta en el consulado francés de Mosul. Durante sus excavaciones en Horsabad, Place hizo gala de ciertas inquietudes metodológicas, ya que introdujo por primera vez el uso de la fotografía como técnica para documentar los trabajos arqueológicos. Las tareas se concentraron en la excavación del palacio, de la muralla y del zigurat de la antigua Dur-Sharrukin, la ciudad diseñada por el monarca

asirio Sargón II. Los hallazgos fueron numerosos, pero la mayor parte de ellos conoció un trágico final en su transporte hacia París. El 21 de mayo de 1855 las ocho balsas cargadas por Place con tesoros asirios, entre ellos dos enormes toros alados, se hundieron en el Tigris al ser asaltadas por bandidos de la región. En el ataque, gran parte de la documentación y de las cajas cargadas con obras se perdieron bajo las aguas del río.



El traslado desde Nimrud hasta el río Tigris de las obras de arte asirio, para su posterior envío a Londres, fue una operación de gran envergadura.

El valor histórico de estos descubrimientos de Francia no pasó desapercibido en Gran Bretaña. Bien al contrario. Los británicos no querían quedar a la zaga en la carrera por descubrir lo mejor de las civilizaciones mesopotámicas presentes en la Biblia. La rivalidad entre Francia y Gran Bretaña por controlar los principales yacimientos arqueológicos de la región alcanzó su punto álgido a mediados del siglo XIX. La respuesta británica llegó de la mano del diplomático Henry Layard, que en 1845 empezó a

excavar en Nimrud, la antigua capital asiria de Calah, en el curso del Tigris. El éxito fue inmediato. Con la ayuda de un cristiano caldeo oriundo de Mosul, Hormuzd Rassam, sacó a la luz parte de los tesoros artísticos del palacio del rey asirio Assur-nasirpal II (883-859 a. C.), entre ellos, numerosos bajorrelieves y varios toros alados. Dos años después de los primeros descubrimientos, Layard organizó un convoy con destino al Museo Británico de Londres.

La actividad arqueológica inglesa en el país de los asirios se extendió en 1849 a la colina de Kuyunyik, donde Layard localizó finalmente las ruinas de Nínive, la gran capital del Imperio de Asiria, tomada y saqueada en el año 612 a. C. por una coalición encabezada por Babilonia. Ayudado por Rassam sacó a la luz el llamado «palacio sin rival» del rey Senaquerib (704-681 a. C.). En poco más de un mes de trabajo, descubrió numerosas tablillas cuneiformes, toros alados y relieves con escenas de guerra, que pasarían a formar parte de la colección de Próximo Oriente antiguo del Museo Británico. En 1851, Layard abandonó la arqueología en Mesopotamia para dedicarse de lleno a su carrera política.

La exhibición en Londres de las obras de arte asirias recuperadas en Nimrud y Kuyunyik tuvo un hondo impacto en la sociedad británica de mediados del siglo XIX. El descubrimiento de Nínive, descrita en el libro de Jonás como «ciudad grande sobremanera, de tres días de recorrido», causó una profunda impresión entre los estudiosos de la Biblia, ya que abría nuevas y desconocidas perspectivas sobre las estrechas relaciones entre la historia de Asiria y la historia bíblica.

Tras la marcha de Layard, la arqueología británica en Mesopotamia quedó en manos de sus colaboradores: el coronel Henry Rawlinson, que practicó una rivalidad cortés con sus colegas franceses, y Rassam, cuyo trabajo estuvo marcado por sus controvertidos métodos. La rivalidad

franco-británica llegó a su punto culminante a la hora de establecer los derechos de excavación sobre los principales yacimientos de la región de Mosul. El caso más difícil fue el de Kuyunyik, la antigua Nínive, donde se llegó a la solución salomónica de dividir el yacimiento en dos sectores. A Francia le correspondería la parte norte, quedando el resto en manos de Gran Bretaña. Sin embargo, esta solución no fue del agrado de Rassam, que tenía la firme convicción de que en el sector bajo control francés se escondían los tesoros más importantes de la ciudad. Así, en diciembre de 1853, obviando completamente el acuerdo, el asistente de Layard comenzó a excavar de forma clandestina en la parte francesa. Allí se tropezó con el palacio y la biblioteca del rey Asurbanipal (668-627 a. C.). Para no ser descubierto, Rassam trabajó de noche y utilizó un sistema de galerías subterráneas que le permitía llegar hasta el sector norte de Nínive. Este expolio originó un conflicto diplomático entre ambos países, que se resolvió devolviendo algunos de los tesoros descubiertos con un método tan poco ortodoxo.

De forma progresiva, París y Londres se vieron inundados de tesoros asirios. Pese a ello, el conocimiento de este imperio mesopotámico era todavía incompleto, pues el significado de su escritura aún era un misterio. Esta fue bautizada con el nombre de cuneiforme, del latín *cuneus* ('cuña' o 'clavo'), por los eruditos occidentales, perplejos ante tan extraños signos. El primer gran avance serio en el proceso de traducción del cuneiforme fue obra del filólogo alemán Georg Grotefend, que en 1802 presentó ante la Academia de Ciencias de Gotinga los primeros resultados del desciframiento del persa antiguo, escrito en signos cuneiformes, de las inscripciones reales de Persépolis, en Irán. El impulso final sería obra de Henry Rawlinson, que entre 1835 y 1851, infatigable y tenaz, se entregó con pasión al estudio de la inscripción rupestre trilingüe (en persa antiguo, elamita y acadio) del rey persa Darío (521-

486 a. C.), grabada en el acantilado rocoso de Behistun, en Irán. Para ello, no dudó en escalar y en trabajar suspendido de una cuerda a gran altura para poder copiar las inscripciones. La principal dificultad que hubo de superar fue que, a diferencia de Egipto, no existía una «Piedra Rosetta mesopotámica», con una escritura conocida (como el alfabeto griego), que sirviera para descifrar el cuneiforme, lo que sí ocurrió con la escritura jeroglífica. A pesar de ello, Rawlinson conseguirá leer el persa antiguo (lengua indoeuropea), que finalmente será la clave para descifrar el cuneiforme mesopotámico.

En 1857 el proceso de traducción llegó a su punto clave. La Real Sociedad Asiática de Londres convocó a cuatro sabios para que realizaran la traducción de un texto inédito del rey asirio Tiglat-piléser I (1114-1076 a. C.), que permitiera tener la certeza de que la escritura cuneiforme de los asirios había sido descifrada. En este apasionante reto intelectual participaron el orientalista de origen alemán Jules Oppert, el militar anglo-británico Henry Rawlinson, el pionero de la fotografía William Talbot y el pastor irlandés Edward Hincks, que fueron conminados a enviar su traducción en un sobre sellado. Las cuatro versiones eran lo suficientemente próximas entre sí para satisfacer a la comisión evaluadora. La lengua acadia utilizada por los asirios podía considerarse descifrada.



El monumento rupestre de Behistun, en Irán, fue una pieza clave en el proceso de comprensión de la escritura cuneiforme. La gran inscripción y el relieve del rey Darío (521-486 a. C.), situados a una altura de sesenta metros, ocupan una superficie de siete por dieciocho metros.

A partir de aquí, el rescate de la historia de los asirios de su olvido milenario fue imparable. En 1872, se produjo otro hallazgo excepcional. George Smith, un grabador de billetes convertido en conservador de las tablillas cuneiformes del Museo Británico, encontró entre los miles de textos de arcilla que estaba clasificando un fragmento que le llamó la atención por su contenido. El texto hablaba de un diluvio, cuya descripción tenía claros paralelismos con el descrito en la Biblia. El 3 de diciembre de aquel año, Smith presentó ante la prestigiosa Sociedad de Arqueología Bíblica de Londres su sensacional descubrimiento. Por primera vez en la historia, un relato del libro del Génesis estaba atestiguado en un contexto no bíblico, esto es, en un documento de arcilla presumiblemente más antiguo que el texto del Antiguo Testamento. El impacto de este descubrimiento fue extraordinario, a lo que contribuyó el